

Comentario del libro

CIUDADES PARA CONVIVIR: SIN VIOLENCIAS HACIA LAS MUJERES

por Ximena Valdés S.

Santiago, Colegio de Arquitectos de Chile, viernes 20 de julio de 2007

El libro que comentamos, publicado por Ediciones SUR, ha sido editado por Ana Falú y Olga Segovia, dos arquitectas (hay que decirlo cuando estamos en este lugar). Se inscribe en el marco del programa de UNIFEM en América Latina, y es el resultado del Seminario “Ciudades sin violencia para las mujeres, ciudades seguras para todas y todos” que se realizó en Santiago.

Esta iniciativa, nos dice Ana Falú en el Prólogo, tiene como objetivo central “fortalecer el ejercicio de los derechos de las mujeres y su ciudadanía activa, para lo cual es necesario reducir la violencia pública y privada” (pág. 10).

Esto ya nos adelanta una visión distinta a la oficial sobre la violencia urbana, señalándonos que no se trata sólo de los delitos que se cometen en la calle y los espacios públicos, sino de la suma de éstos a otros que ocurren en el ámbito privado.

Esta mirada cruza el conjunto de los artículos y enriquece la explicación normalmente centrada en la figura del delincuente, que esta vez se desplaza a la del cónyuge, el conviviente o el pariente, interpelando la matriz cultural del dominio de un sexo sobre el otro.

Organizado en una introducción, seis paneles y una conferencia final, estamos frente a un libro de varias entradas que incluyen distintas tematizaciones, cada cual expuesta a comentarios que aparecen en el texto y que contribuyen a profundizar y discutir lo expuesto por cada panelista. Se abordan así temas las políticas de género en América Latina; la inseguridad, violencia y género en la ciudad; la inseguridad y temor en la ciudad; gobiernos locales, seguridad ciudadana y género; la seguridad ciudadana y violencia de género: indicadores, normas e instrumentos. El libro se cierra con una conferencia final sobre espacios ciudadanos, violencia de género y seguridad. Se incluye un panel de instalaciones de arte: Cómo vivir junt@s, el cual había sido presentado en el Seminario original.

La visión acerca de las distinciones entre lo masculino y lo femenino a la hora de experimentar la violencia, o de ejercerla, recorre cada artículo.

El anexo final de Patricia Morey en buena medida tiene la virtud de atar todas las consideraciones, temas, problemas, ámbitos y dimensiones, indicadores, tratados por el conjunto de los panelistas, y podría constituir una malla para un programa de investigación de largo aliento. De la misma manera, al inicio del libro esta autora proporciona las claves teóricas para abordar el tema de la violencia de género y propone los niveles de intervención necesarios en el campo político y social, para “construir un mundo mejor”. No obstante, concluye que, para lograrlo, en el horizonte debe tenerse presente que ello requiere de mayor equilibrio de poder entre los sexos, lo que exige el empoderamiento de las mujeres.

Después de esta breve descripción inicial, nos preguntamos por qué vincular hoy mujer y ciudad. Hace unos treinta o cuarenta años este título habría sonado algo extraño. ¿Por qué hablar de la relación de la polis con las mujeres, cuando la polis era considerada el espacio de la libertad y, en tanto tal, estaba poblado, ocupado y transitado más bien por los hombres?

Relacionar a la ciudad con las mujeres habría sido, en efecto, raro hace no más de tres o cuatro décadas, porque, en ese entonces, la gran mayoría de las mujeres habitaba otro lugar: el de la necesidad, el espacio privado, la casa. Se suponía en ese entonces que las mujeres estaban protegidas y resguardadas por lo que Robert Castel llama las “protecciones de proximidad”: la comunidad, la red de parentesco y, en especial, la familia. Eso implicaba necesariamente —según se entendía en esos años, no ahora— la ausencia de riesgos, ya que el reino del hogar se consideraba un lugar seguro. Las mujeres que salían de sus casas, una ínfima minoría, en general, lo hacían desplazándose en trayectos cortos en ciudades más pequeñas. Las “clases peligrosas” ya habían sido disciplinadas por la industrialización y por el Estado social, lo cual no colocaba el riesgo y la inseguridad en el lugar central que ocupa en la sociedad contemporánea.

Por ese entonces —estamos hablando de tres, cuatro décadas atrás— las ciudades eran más pequeñas, menos segmentadas que las actuales; los barrios eran más mezclados y diversos socialmente, aunque la vida de los suburbios urbanos mostrara la otra cara de los procesos de inclusión restringidos, que dejaron al margen de la acción de los Estados de bienestar a las poblaciones desplazadas del campo.

El título del libro que comentamos hoy tiene sentido en la medida en que la ciudad se puebla crecientemente de mujeres que dejan el hogar como lugar central de sus vidas. El nuevo contexto muestra que las mujeres salen de sus casas a trabajar, a estudiar, a divertirse, durante el día y en las noches. Pero, ¿es sólo este hecho que ha producido la modernización lo que genera mayor violencia hacia las mujeres?

El dato según el cual un 61% de las violaciones se cometen en el domicilio particular y sólo el 24% en la vía pública en Santiago; el hecho de que entre 1999 y 2006 la violencia intrafamiliar haya aumentado en 98% y concentre cerca del 20% del conjunto de denuncias, sumando los delitos de mayor connotación social (DMCS) más la violencia intrafamiliar (VIF) en Chile, desmentirían la afirmación de que la ciudad —en tanto espacio público— es amenazante para las mujeres. Más bien, la red de parentesco, las redes próximas de sociabilidad y la familia son los lugares tanto o más inseguros para las mujeres, y no la calle ni los espacios públicos.

¿Por qué entonces las mujeres aparecen más temerosas que los hombres en las encuestas de victimización, si los hombres son los que experimentan mayor cantidad de delitos? Son los datos comparados que muestra Lucía Dammert los que lo demuestran. La hipótesis del “temor altruista” que ella enuncia es interesante, entendiendo que las mujeres no tendrían temor sólo por sí mismas, sino por sus próximos. Sabiendo que estas encuestas son parciales y limitadas, que dejan fuera las violencias en los cuerpos femeninos (violaciones, VIF, delitos sexuales), las interpretaciones tienen límites.

Pero la medición del temor y de la inseguridad invita a formularse otro tipo de pregunta. Recuerdo el Informe de Desarrollo Humano de 1998 para Chile, que mostró que la inseguridad que experimentaban los chilenos se vinculaba más bien a la carencia de sistemas de protección social. A no saber si mañana habría trabajo, a no contar con sistemas de salud asequibles, al endeudamiento, el costo de la educación, y así en adelante.

Parece plausible pensar que el temor y la inseguridad en el contexto actual no sólo debieran medirse bajo el paradigma de la seguridad ciudadana inscrito en los Ministerios del Interior y los organismos privados, que han contribuido a la inflación del fenómeno delictual con los parlantes que este problema —por cierto no desestimable y en incremento— tiene en los medios de comunicación. Tal tipo de síntoma del malestar de la cultura contemporánea, plasmado en miedos y temores, a lo menos debiera considerar una variedad de seguridades: la seguridad civil en la ciudad (resguardo policial, vías públicas seguras, alumbrado público, etc.) y la

seguridad social de la población. Por obvio que parezca, el robo intimida, pero la pérdida de trabajo paraliza, desocializa y desafilia al individuo de la sociedad.

Las ciencias sociales, a través de autores como Beck, Giddens, Bauman, ampliamente citados en estos textos, hablan de los riesgos y de la inseguridad. Otros autores, como Sennet y Castel, en cambio, agregan elementos distintos, referidos a las inseguridades vinculadas a las desprotecciones sociales que identifican la sociedad post-salarial. Una combinación de ambos referentes teóricos creo que contribuiría a explicar fenómenos como el temor y el miedo, para evitar caer en el reduccionismo unilateral y no encontrar finalmente fundamentos para explicar que las mujeres, experimentando menos delitos, tienen más temor.

El cruce que hay en los artículos de este libro entre la inseguridad que experimentan las mujeres en la ciudad y aquella proveniente de los patrones de dominación masculina que se expresan en cualquier espacio, es, a nuestro modo de ver, lo que densifica, profundiza y pone de manifiesto el modo como en la actualidad se amuebla la inseguridad urbana referida a delitos contra la propiedad, que esconde los delitos que se cometen en los cuerpos femeninos en los hogares y la vía pública.

En una anotación al margen referido al comentario de Enrique Oviedo, en Chile ciertamente existen datos, registros e indicadores que no sólo refieren la evolución de los delitos contra la propiedad, sino además la violencia intrafamiliar. Pero los registros no bastan. Las mujeres, como víctimas de relaciones de poder desiguales, están clasificadas según categoría de delito entre los DMCS (violaciones, delitos sexuales, violaciones, robos, lesiones) y la VIF, en ausencia de una interpretación que permita desclasificar estas divisiones arbitrarias para poder mostrar el grado de violencia que experimentan las mujeres en la vida pública y privada. Un esfuerzo mayor de interpretación se requiere en este campo, pero más que nada la voluntad política para nombrar los hechos sociales.

Esto último agregaría un nuevo elemento para conceptualizar el problema de la violencia urbana y de la violencia en general, sacándola de la aparente neutralidad de género del hecho delictual.

Las violencias contemporáneas ocurren en un tiempo distinto al enunciado al comienzo: ciudades de crecimiento espontáneo regido por el mercado inmobiliario, ausencia de planificación del territorio, construcción de guetos de viviendas sociales que hacen más peligrosas a las ya estigmatizadas “nuevas clases peligrosas”, trayectos laborales cotidianos a

grandes distancias, largas jornadas laborales, invasión de la droga en la urbe, desocupación juvenil estructural, notorios cambios en la vida de los barrios, desigualdades sociales crecientes y así en adelante.

Habría que agregar a la desafiliación social provocada por la menor protección social, que el nuevo escenario urbano convive con otro tipo de transformaciones más subterráneas. Los actuales son tiempos de mutaciones sociales profundas en el plano de la vida privada de las personas y de su entorno más próximo, que modifican el sistema de parentesco, alianza y filiación; desestabilizan los patrones culturales heredados de las antiguas generaciones, provocando la fragilización de la familia convencional; la erosión de los patrones de autoridad masculinos; la conquista de nuevos derechos por parte de las mujeres, que ponen en jaque los patrones de dominación masculina, cuya contracara es la amenazante pérdida de poder de los hombres.

En este tiempo de reacomodos y ajustes sobre la base de la emergencia de nuevas identidades femeninas y masculinas, estamos frente a la fragilización de los lazos familiares fundados en el matrimonio y frente a la ruptura de la sujeción de las mujeres a las tutelas familiares, lo que debiera crear un nuevo tipo de conflicto.

Pensamos, como lo señalan muchos de sus autores, que los nuevos riesgos que enfrentan las sociedades y ciudades contemporáneas, y las mujeres en ellas, debieran considerar tres dimensiones del riesgo: los riesgos civiles, los riesgos derivados de la ausencia de protección social, los riesgos derivados de la matriz cultural basada en relaciones de poder que los hombres ejercen en relación a las mujeres. Este último aspecto, que me parece central en la comprensión de la violencia urbana, tiene que ver con la forma en que ha cambiado la manera de entender a nuestras sociedades. Ese es el aporte sustantivo de este libro, en cuyos artículos mayoritariamente se percibe a la ciudad como entidad no aislada de lo que ocurre en el interior de los hogares.

Si hace unas décadas este mundo privado atesoraba las “protecciones de proximidad” y se veía la vida familiar como un lugar de interacciones sociales amables y seguras, hoy, en cambio, la vida familiar y las relaciones que en el mundo doméstico se entretajan son objeto de sospecha, porque en esos lugares las mujeres enfrentan riesgos y son objeto de violencia.

Esa referencia a la violencia privada es lo nuevo que introduce este libro en el tratamiento convencional que se hace del tema de la violencia urbana y la seguridad ciudadana, lo que logra unir lo que ocurre en la calle y los

espacios públicos con lo que ocurre en la casa y los lugares privados, cuestionando así la división que colocó Hanna Arendt entre las localizaciones del mundo de la libertad y del mundo de la necesidad.

La hipertrofia que ha adquirido en nuestros días el problema del riesgo y de la inseguridad, que es a lo cual apunta con fuerza el nuevo tratamiento que hacen los Estados de la cuestión social, no es tan sólo, entonces, el producto del “retorno de las clases peligrosas”, como recurrentemente escuchamos, vemos y leemos todos los días. Es el producto también de una matriz cultural basada en relaciones de poder de un sexo sobre otro, que hoy está a descubierto y que antes era un secreto privado, pero no por ello ausente. Esa matriz cultural tiene la vida dura.

Para cerrar este comentario, voy a retomar la pregunta que se hace Claudia Laub partiendo de la metáfora de Virginia Woolf acerca de qué necesita una mujer para escribir una novela (un cuarto propio y dinero) y que en este caso está planteada de la manera siguiente: ¿Qué necesitan las mujeres para sentirse seguras? O, como replica Olavarría, ¿por qué las mujeres se sienten inseguras?

Creemos el libro que nos convoca abre claves para responder a estas preguntas y también abre la posibilidad de un programa de largo aliento. Todavía, ni las ciudades tal como están organizadas, ni una matriz cultural que permanece, ni la relación de las estructuras estatales con las mujeres y los ciudadanos en general, favorecen mayores cuotas de seguridad y protección.